

# LECTURA DESORDENADA, EN CLAVE ECOLÓGICA, DE “EL QUIJOTE”

---

**Carmelo Marcén Albero**

*Diciembre 2016*

El texto completo de este artículo fue publicado en la revista de la CECEL (CSIC)  
El Quijote y su mundo, núm. 15, 2015, pp. 71-98.

**Carmelo Marcén Albero**, [cmarcena@gmail.com](mailto:cmarcena@gmail.com), es profesor de Secundaria y articulista. Desde hace un par de años mantiene activo cada día el blog <http://www.ecosdeceltiberia.es/> en donde se pregunta hacia dónde van, o de dónde parten, la ecología, la ética social y la educación, presunta clave para armonizar un poco las dos anteriores.

Esta publicación no hace necesariamente suyas las opiniones y criterios expresados por sus colaboradores. Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley. El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)

En este artículo el autor intenta buscar la naturaleza presente en *El Quijote*. Disfruta de la recopilación de plantas, animales o lugares físicos que transitan por la obra; intenta hacerse cómplice de sus ritmos de vida. Pero a la vez pretende llevar a cabo una interpretación ecológica. Trata de descubrir las sensaciones de Quijote y Sancho con los seres vivos con los que constantemente interactuaban, sobre los que piensan y adivinan el espacio/tiempo en que vivían. Esa es, más o menos, la ecología de hoy, a veces muy diferente y en algunas ocasiones parecida a la de hace 400 años.

## A MODO DE PRÓLOGO

Ocupado lector: me podrás creer si te digo que me he embarcado en una nueva lectura de nuestro más grande compendio del ingenio antiguo porque siempre lo vi hermoso. Quería localizar, si la hubiera, la naturaleza vivificante y, si me apuras, algo de ecología como metáfora. Ambas suelen ayudar a conseguir hoy día, si te lo propones, la quietud del espíritu, en forma de sosiego en la naturaleza, o amenidad de los campos, así como también por la aparente serenidad de los cielos, o el murmurar de las fuentes. Porque ecología no es ni más ni menos que una mirada crítica de las relaciones entre los seres vivos y su medio, entre ellos mismos y su percepción del espacio/tiempo en el que viven, como conjunto social y desde la perspectiva individual. Semejante discurso parecerá pedante, pero no me negarás que de este asunto, me refiero a la vida silvestre, está llena la obra sobre la que aquí escribimos. Por ella viajan y quedan paisaje y territorio, que no son solamente lugares físicos, sino pueblos en donde la gente es, con sus peculiares características, y alguna sueña, y mucho, porque vivir día a día ya lo es. Pero quiero que sepas, por otra parte, que fue don Quijote quien me provocó esta lectura, casi desde la primera vez que lo leí. Cuando don Diego lo interroga sobre las ciencias que conoce, para confirmar o no su supuesta locura, él responde que, además de otras muchas, un caballero andante ha de ser "principalmente herbolario"<sup>1</sup>. Y esa fue la chispa, o la provocación, quién sabe.

Semejante cometido resulta difícil, lo reconozco, aunque no sea el primero ni el último que lo intenta<sup>2</sup>. Si las musas que movieron a Cervantes (en adelante lo nombraremos a veces C, como a Quijote Q y a Sancho S, porque queda más ágil) se me vuelven a aparecer después de tanto tiempo, la cosa estará hecha. Pero me temo que el resultado no será perfecto. En la interpretación naturalística/ecológica, que intentaremos realizar sin menoscabar la paciencia de quien la lea, caben distintas visiones, pero debe prevalecer una sencilla: aquí no hay héroes y manda la multiperspectiva, con un poco de la abstracción idealista de don Alonso y la concreción del llano Sancho. Pero claro, uno que es profesor, no puede evitar dictar algunos apuntes, sería demasiado llamarlos ideas, para que cada cual haga con ellos lo que crea más oportuno. Lo más posible es que nos salga una vena imaginativa algo realista, aunque este matiz tenga su contrasentido. Y lo que empezó con buena intención no llegue a realizarse pues "por su mal le nacieron alas a la hormiga" (II, 33)<sup>3</sup>.

Uno se pregunta si don Miguel de Cervantes era un paseante de su territorio, un excursionista o simplemente ejercía de observador curioso en sus múltiples viajes. Aprovecha con llana finura, o rebuscada enjundia, lugares y animales o plantas para adornar sus historias. El que esto escribe debería sonrojarse con el atrevimiento que supone leer con claves naturalístico/ecológicas un texto de hace 400 años. Pero se explica: quedó tan prendado la segunda vez que leyó el texto, la primera fue obligada durante los estudios y se tramitó lo antes que se pudo y de forma incompleta, que se quedó pegado a las reflexiones que en muchas escenas esparce C. Además, apetecía darse una vuelta por la España de aquellos años, para conocer sus defectos y virtudes, para sacar a escena algunos sinsabores de la actual, para ver si por casualidad se repiten pasajes dentro de los paisajes. Eran tiempos convulsos entonces, con unidades y diversidades territoriales, las ideologías viejas y las nuevas se encontraban y discutían; los vasallajes trituraban a algunos, también había marginados y la picaresca campaba por sus anchas. En fin, que había de todo en aquella sociedad nada apaciguada en lo social y despreocupada por lo natural que no servía; como sucede en parte ahora. Bueno, que quería dejar constancia de mis cavilaciones a la hora de escribir el artículo. Para ello doy cifradas algunas gracias o pareceres sobre especies vegetales o animales, y de los astros claro. De vez en cuando marcaremos entre paréntesis donde se pueden encontrar los pasajes, las dos partes del Quijote y el capítulo, para que los amantes de la naturaleza se aproximen a esta joya novelística. Merece la pena, sea o no el IV Centenario de la 1ª edición de la II Parte que se celebró en 2016. Vale.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Segunda parte, Capítulo XVIII, "De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán".

<sup>2</sup> LUIS CEBALLOS (1996). *La Flora del Quijote*. Ed. Soluciones Plenas / Grupo S.L. Este mismo fue el título de su discurso de entrada en la RAE el 12 de diciembre de 1965  
[http://www.rae.es/sites/default/files/Discurso\\_de\\_ingreso\\_Luis\\_Ceballos\\_y\\_Fernandez\\_de\\_Cordoba.pdf](http://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_de_ingreso_Luis_Ceballos_y_Fernandez_de_Cordoba.pdf).

<sup>3</sup> El refrán se podría traducir con que "lo que parece beneficioso, puede conducir a la perdición". Es decir, que ocupados en desentrañar lo que de naturaleza hay aquí, no consigamos nada más que liar a los posibles lectores. Aun así, habrá que recordar a C que le nacieron alas a la hormiga de manera natural, como insecto que es, que le sirven para colonizar otros territorios y fundar nuevos hormigueros, y que nada más llegar a ellos, hace lo posible por perderlas.

<sup>4</sup> Fórmula de despedida del Prólogo de la primera parte: "Cavilación sobre el libro".



## PASAJES/PAISAJES PARA PENSAR

Alguien que se preocupe por la naturaleza o la ecología siempre mira al sol, es el motor que anima el ciclo de materia y el flujo de energía que mantiene el escenario de la vida. Cada día "sale" y cada tarde se "pone". En torno a su presencia o ausencia se construye la ecología de la vida. Q parece que era un entusiasta del sol, pero en versión mitológica<sup>5</sup>. Dice (I, cap. 2):

*Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora...*

Por eso no es extraño que C nos diga que no abusemos del sueño y madruguemos, para aprovechar todo lo que el sol nos da. Los amaneceres gustan porque sí. Los ecologistas se suben hasta la montaña para ver salir el sol, pero es que cualquier ciudadano normal se queda extasiado con los destellos cuidados de primera hora, aunque tenga que madrugar un poco.

*En esto comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pajarillos pintados, y en sus diversos cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones de Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro (...) las yerbas brotaban y llovía blanco y menudo aljófara, los saucos destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos. (II, 13).*

Prendado se queda uno de los amaneceres como este -parodia de los mitológicos- que ahora firmarían los más preclaros naturalistas, plasmarían en sus cuadros los pintores realistas y fotografiaría cualquier aficionado a retener imágenes. Servirían para esas guías turísticas que se han elaborado para promocionar las tierras por las que discurrieron las aventuras de nuestros personajes:

*Y ya en esto se venía a andar más el alba, alegre y risueña; las florecillas de los campos se descollaban y erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban a dar tributo a los ríos que los esperaban. La tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena...*

Pero se hacía la noche, y la luna debía estar en el cielo, pero en un lugar extraño, quizás en las antípodas, y entonces aparecían los montes negros y los valles oscuros, porque la naturaleza también duerme. Cuando esto ocurre ahora, las gentes aprovechan esas soledades que proporciona la naturaleza oscura para acometer alguna vigilia y soñar despiertos. En la ciudad no pueden disfrutar, como hacen nuestros personajes, a la vez de temores, esperanzas, alegrías y dolores, para purgarse; que al decir de los estoicos, así se accede a la virtud. El orden de la naturaleza<sup>6</sup> es un principio de aquellos tiempos en que Dios lo tenía todo dispuesto, pero se torna mal argumento en la percepción actual del espacio/tiempo, en donde sabemos que la ecología de la vida la marca la entropía del sistema naturaleza; nada está quieto y los flujos de materia y energía son constantes. Pero claro, no vamos a pedir a C que viajara 400 años hacia el futuro para escribir en clave ecológica. En el episodio de los cabreros (I, cap. 12), se cita a un hidalgo rico que sabía la ciencia de las estrellas, incluso averiguaba el impacto de los eclipses, de lo que allí se llaman luminarias. Tanto era así, que el hidalgo pronosticaba los ciclos climáticos, o agrícolas, por decirlo con mayor precisión casi los actuales servicios de meteorología de Aemet:

*Sembrad este año cebada, no trigo; en este podéis sembrar garbanzos, y no cebada; en el que viene será de guilla de aceite; y los tres siguientes no se cogerá gota.*

Aunque, a decir verdad, Q andaba un poco despistado acerca del movimiento cosmográfico, porque utilizaba el cómputo de Ptolomeo<sup>7</sup> para calcular el camino andado hacia Zaragoza y por eso sabía que "de trescientos y sesenta grados que contiene el globo de agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo que fue el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado, llegando a la línea que te he dicho" (II, 29). Sin duda, su redactor C desconocía la aportación de Copérnico en la comprensión del movimiento coordinado del Sol y sus planetas, aunque algo de ciencia hay en el Quijote<sup>8</sup>. Esa astrología, de la que él era un poco lego, ha avanzado mucho y se sabe bastante más de lo

<sup>5</sup> Parece que aquí Apolo, el sol, anuncia el relato de felices acontecimientos con una cierta intención paródica. En la vida diaria no tiene nada de parodia pero sí bastante de fiesta natural.

<sup>6</sup> Así viene citado en el Prólogo referido a que "todo animal engendra su semejante", parece ser que también está presente en Aristóteles y Lucrecio.

<sup>7</sup> No fue el único que se despistó pues Colón, que también se basaba en la ciencia del egipcio romano, adivinó bien la esfericidad pero se equivocó en la distancia -en la medida de cada uno de los grados de los que habla Q- cuando se dirigía a descubrir las Américas; aunque él no lo supiera.

<sup>8</sup> Ver el artículo "Coluros, líneas, paralelos y zodíacos: Cervantes y el viaje por la cosmografía en el Quijote" de Julia DOMÍNGUEZ y otros en <http://estrellacervantes.es/del-quiote-la-astronomia-y-las-ciencias/>.

que significa el heliocentrismo o la influencia de los astros; así, es utilizada hoy día para gestionar muchos de los cultivos ecológicos.

## LAS PLANTAS COMO ESCENARIO JUNTO A LOS ÁRBOLES COMO DOCUMENTO

Descubrir a estas alturas que el *Quijote* es, además de otras muchas cosas, un relato pegado a la vida vegetal, suponemos que no programado, no tiene ningún mérito, máxime cuando nos han precedido otras personas en la búsqueda<sup>9</sup>. El hidalgo y su escudero se pasearían por tierras yermas, o deforestadas para dedicarlas a la agricultura y ganadería, pero no por eso exentas de vida. Muchas veces encontraron un lugar apacible en ellas, que haría las delicias de cualquier excursionista de hoy (I, 25):

*Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado verde y vicioso, que daba contento a los ojos que lo miraban. Había por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores.*

Estos lugares, que tanto gustaban al ingenioso hidalgo, atraen hoy mismo a todos aquellos que buscan en la naturaleza su descanso espiritual. Como vemos, no han cambiado mucho las modas, esas que ya criticaba don Antonio Machado<sup>10</sup>: "Según se mire. El hombre moderno busca en el campo la soledad, cosa muy poco natural. Alguien dirá que se busca a sí mismo. Pero lo natural en el hombre es buscarse en su vecino, en su prójimo". Como dijo Unamuno: "Más bien creo yo que el hombre moderno huye de sí mismo, hacia las plantas y las piedras, por odio a su propia animalidad, que la ciudad exalta y corrompe". La salida masiva que los urbanitas acometen los días festivos hacia el campo merecería un análisis más dilatado pero no lo vamos a desarrollar aquí.

Las plantas silvestres adornan el escenario de la maravillosa obra cervantina. Habrá que citar entre las principales a las rosas: "porque yo se bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo" (I, 31). Además, otras espinosas zarzas, o las aliagas, tan defensoras de lo suyo, igual impedían la entrada en una cueva que se utilizaban para zaherir a Rocinante y al rucio "les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas" (II, 61) que, tras dar los animales mil córcovos, lógicamente provocaron el aterrizaje forzoso de sus dueños. También nuestros personajes se servían de las plantas silvestres para indicar los itinerarios. Así, cuando Q envía a S con las cartas para su amada y su sobrina desde Sierra Morena, sugiere al escudero, para que no se pierda a la vuelta: "cortes alguna retamas de las muchas que hay por aquí y las vayas poniendo de trecho en trecho, las cuales servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas" (I, 25). Como vemos, los itinerarios marcados, que los naturalistas y ecologistas llaman GR (Grandes rutas), o PR (Pequeñas rutas), pudieron ponerse de moda entonces, aunque algunos dicen que ya los empleó Teseo en el Minotauro para salir del laberinto siguiendo el hilo de Ariadna<sup>11</sup>. Pero la lista de hierbas silvestres no acaba ahí. Por el *Quijote* florecen, dan olor, o adornan los campos margaritas y beleños, póleos y ortigas, verbenas y eneas, espartos y amapolas, y como no, la cizaña y la grama. Y se me olvidada, el resistente esparto que tiene su condición muy marcada en estas tierras por las que deambula la historia que aquí comentamos: "leyenda seca como un esparto" (I, prólogo)<sup>12</sup>.

¡Qué decir de las plantas cultivadas cervantinas! Serían el argumento de vida en La Mancha en aquellos tiempos; de todos los habitantes en su conjunto -también del hidalgo- pero en particular del extraordinario S. En su concreción vital nos da detalles suficientes para considerarlo uno más del entramado ecológico, natural y social, ese que definiría la vida de aquellos pueblos hace 400 años. Aunque no sé si lo catalogaría como un arbusto, algún árbol o, por qué no, una animal de los que después desfilarán por este artículo. Y en la llanura manchega, donde quiera que uno mire encuentra trigo (candeal o trechel), pero también sarraceno<sup>13</sup>. El trigo es la especie reina en estos relatos cervantinos, normal, daba de comer y eso es importante siempre. Muchos amantes de la naturaleza de ahora comen el pan de otra manera, digamos que más integral, pero también se han ido hacia el sarraceno porque carece de gluten. C lo cita muchas veces: igual alaba los "montones de trigo en las eras" (II, 20), que se refiere a la poco querida tarea del cribado del trigo: "ahechando dos fanegas de trigo" (I, 31). Hasta nos deja un refrán poco utilizado hoy: "no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo" (I, 7), que la sobrina de Quijano sí empleaba. Hoy se lleva más "muchos van por la lana y salen trasquilados", que acto seguido pronunció. Normal que el insigne C supiera tanto de trigos; fue seis o siete años comisario de abastos para aprovisionar a la armada española, cuando habitaba en

<sup>9</sup> Ramón MORALES localizó su flora literaria y nos dejó un estupendo trabajo sobre las especies cervantinas en [http://digital.csic.es/bitstream/10261/71520/1/275MORALES\\_Flora\\_Quijote.pdf](http://digital.csic.es/bitstream/10261/71520/1/275MORALES_Flora_Quijote.pdf).

<sup>10</sup> Antonio MACHADO, *Juan de Mairena*, (Ed. de José M<sup>a</sup> VALVERDE), Castalia, Madrid 1987.

<sup>11</sup> Aunque CERVANTES parece que se lió y en *El Quijote* nombró a Perseo, que dio sus correrías por el jardín de Hespérides, idealizado en muchos lugares pero no se sabe dónde estaba. ¿Quizás en las Canarias?

<sup>12</sup> Para conocer un poco más de esta austera, e insigne planta alojada en nuestras estepas y en Anatolia, se puede visitar <http://www.jhernandezcalvo.es/index.php/historia/44-historia>.

<sup>13</sup> En realidad, no es un trigo "sensu estricto". <http://www.naturisima.org/trigo-sarraceno-alforfon-fagopyrum-esculentum-moench/>.



Sevilla. Y del resto de los cereales, solamente aparecen citas para la cebada, como alimento animal claro. De los otros nada se supo, pero bien seguro que por ahí se sembraría centeno y avena. Lo que nos induce a dudas es la frase que S pronuncia refiriéndose a Aldonza Lorenzo, digamos Dulcinea del Toboso, de que (I, 25):

*Se le vayan a hincar de rodillas delante della los vencidos... Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastillando lino o trillando las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.*

Y claro, en la Mancha las vides (viñas), por más que en aquellos tiempos no se llevara lo de las denominaciones de origen. Aunque él, Q el hidalgo, seguro que nunca había ido a "podar y ensarmentar las viñas" (II, 53), pero S sin duda lo había hecho más de una vez. Y de la vid el vino: "había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino". Esto sucedía durante la segunda estancia de Q en la venta (I, 35), donde, sonámbulo, o no tanto, mantuvo una descomunal lucha en el reino de Micomición. Para completar la trilogía mediterránea, muy promocionada en la dieta del mismo nombre que tanto se lleva en el momento actual, falta el olivo, apenas citado en el *Quijote*, escasamente en forma de aceitunas, aunque sí mucho más su fruto líquido, que incluso sirve para elaborar el famoso bálsamo: "aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutarífico bálsamo" (I, 17). Pero si tuviéramos que quedarnos con una frase sin duda apostaríamos por "de mis viñas vengo: no se nada" (I, 25); ¡Qué cada cual interprete!

En el *Quijote* tampoco faltan los árboles frutales, y sus frutos, que harían las delicias de cualquier entusiasta actual de la alimentación natural. Leemos: "a quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas y nueces" (II, 13); "y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces" (II, 54), cuando S se encuentra con Ricote. Mira por dónde, aquí "no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas". Del resto de los frutos, para no hacer demasiado prolija la relación, solamente citaremos los membrillos, las manzanas - "y verasme quedar más sano que una manzana" (I, 10)-, o las peras- "como entre peras podremos escoger sus nombres" (II, 67). Además se nombran almendras, granadas, higos y otros frutos. En fin, toda una tienda vegetariana actual de las mejor provistas.

Toda esta naturaleza presta a dar sus frutos se completa en el *Quijote* con un variado muestrario de hortalizas -los moros son amigos de berenjenas" (II, 2)-, plantas aromáticas y medicinales, las ornamentales o las utilizadas para la industria textil de aquellos momentos, pero dejamos de hablar de ellas pues de ciertos asuntos contamos algo más adelante. Y porque queremos que los posibles lectores hagan buen acogimiento a este artículo. Pero debemos recordarles, como dijo S: "Virtud es conocer esas yerbas, que según yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento" (I, 10). Nos resistimos a dejar de citar dos: "que como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria" (I, 13), por su efecto reductor, y el orégano, del cual hablamos en otro lugar.

Tampoco faltarían en su periplo aventurero algunos solitarios árboles grandes, hitos que hoy mismo marcan el territorio e impiden que los paseantes del campo se despisten, en los que "y que a entrambas bestias las atase muy bien, juntas, al tronco de un álamo o sauce que allí estaba" (II, 29), o servían para descansar: "sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo que está en nuestra plaza" (I, 51); o también para solazar el espíritu: "con esto se metieron en la alameda, y Q se acomodó al pie de un olmo" (II, cap. 28). Una lectura ecológica se plantearía si Q se servía de ellos o los consideraba parte de su vida pues "los árboles destas montañas son mi compañía" (I, 14); tamaño interrogante sobraría en aquel tiempo para la mayoría de la gente. No se crean, hoy el conocimiento de los árboles pasa de puntillas en nuestra extensa cultura, más allá de nombrar los pinos y los de hoja caduca, sin identificar estos claro. Asunto este, el del escaso conocimiento de las especies que nos acompañan en la ciudad y nos enriquecen la vida natural, que bien preocupa a los naturalistas y ecologistas.

El bosque es un escenario muy presente en el *Quijote*. Comencemos esta relación con un homenaje a la especie que ha teñido de verde la mayor parte de España: "y a pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina" (I, 4). Si hay un árbol que nos identifique, si eso se pudiese hacer, a todo el territorio ibérico sería la encina. Por eso, tanto se lamentaba Antonio Machado, que seguro que transitaría por esos horizontes en donde Q corrió sus aventuras cuando decía<sup>14</sup>: "El hombre de estos campos que incendia los pinares/ y su despojo aguarda como botín de guerra,/ antaño hubo raído los negros encinares, /talado los robustos robledos de la sierra. /Hoy ve a sus pobres hijos huyendo de sus lares;/ la tempestad llevarse los limos de la tierra/ por los sagrados ríos hacia los anchos mares;/ y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra." Y claro, así nos ha ido, así nos vemos hoy en la tierra desertizada por los hombres y sus apetencias agrícolas, ganaderas o forestales. Tamaño ha sido el descalabro que el CSIC promueve acciones conjuntas para evitar el decaimiento del encinar, para preservar ese árbol totémico que es citado 36 veces en el *Quijote*.

<sup>14</sup> "Por tierras de España", *Campos de Castilla*, Cátedra, Madrid 1999.

Para alguien que busca la esencia del medio natural es un lujo pasearse por el Quijote. Algunos pasajes son para detenerse largo rato, para pensar y disfrutar; como aquel que habla del Caballero del Bosque, aunque desconozcamos con claridad si el citado caballero lo era por ostentar ese rango o porque Q lo encontró reposando desconsolado en él (II, 12). Pero de lo que no cabe duda es que Q concibe el especial lugar que es el bosque:

*Donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.*

Quienes estudiamos la naturaleza sabemos que el bosque es un sistema complejo, en donde las relaciones cambiantes justifican su variada existencia. Por eso negamos que allí se pueda estar solamente en compañía del sereno y la soledad, pues hay vida multiplicada. Parece ser que en la caballería andante eran poco botánicos sus más insignes representantes, se iba para allá cuando se deseaba hacer penitencia (I, 25):

*¡Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía a mi soledad, dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia!*

Además del bosque, mal diseñado como conjunto a los ojos de los naturalistas de hoy, en el *Quijote* asoman las particularidades atribuidas a algunas especies singulares. Uno se las encuentra casi de sopetón, como les debió pasar a Q y S cuando "vieron venir hacia ellos seis pastores... coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso bastón de acebo en la mano".<sup>15</sup>

Pero tampoco carguemos las tintas y sepamos apreciar el conjunto, sin ser tan tiquismiquis con los detalles. Antes parece que las cosas eran de otra manera. Dichosa y dorada edad en la que vivió Cervantes, pues, a decir de los poetas, la tierra brindaba sus frutos y no había nada más que alargar la mano para ser feliz, para encontrar encinas o alcornoques prestos a darlo todo (I, 11):

*A nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle a las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto... Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas.*

Sancho, contumaz consumidor de la realidad, se procuró para sí y para otros abundantes frutos. Mucha vida debieron dar las bellotas, pues le trajeron a memoria la Edad de oro; en este episodio no se aclara si fue debido a la energía que tienen dentro los hidratos de carbono de la harina bellotera, que S regaba bien con el vino del zoque que tenía colgado a la fresca en el alcornoque, o por algún extraño poder alucinógeno (II, 11). Qué sorpresa se llevarían Q y C si se dieran ahora una vuelta por aquí. Por un lado, comprobarían que mucha gente apuesta por la medicina natural para variados asuntos sanadores, pero se darían cuenta de que la Edad Dorada, de la que también escribieron Ovidio y Virgilio, y otros poetas de Renacimiento, no persiste en la concepción de la naturaleza. Los ecologistas se empeñan, en los libros turísticos y en los parques nacionales se ve así, pero la cosa está difícil.

En un relato como este, no puede faltar el bosque de las hayas, siempre tiene su misterio; aún hoy vagan por ahí las ánimas. Pero en el *Quijote*, las hayas del bosque se utilizan para grabar el nombre de la amada Marcela (I, 12). Ese vicio ancestral, antiecológico donde los haya, es de los que continuó hasta hace poco. Menos mal que la llegada de la Red, y en especial wasap, facilitó la transmisión de mensajes de amor entre adolescentes, y otros que no los son tanto:

*No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol.*<sup>16</sup>

Pero nos despista Q, no se sabe si a propósito o por ignorancia forestal, dado que este árbol, dedicado muchas veces a Diana (la diosa virgen) no abundaría por las tierras que en ese momento se encontraban. En fin, sigamos sin resolver la duda de la presencia de hayas, más exigentes con la humedad ambiental y por tanto limitadas a ciertas alturas y orientaciones, porque el asunto no acabó ahí. Q, enamorado imitador de Amadís, enloquece parcialmente y se pasea por un pradecillo de Sierra

<sup>15</sup> I, capítulo 13, "Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela y otros sucesos". El pobre ciprés, dedicado a Plutón, es el árbol perfecto para acompañar la muerte, o lo funesto, será por eso que adorna incluso hoy los cementerios. La adelfa, que está bien provista de venenos en casi todas sus partes vitales, es normal que tradicionalmente se considere símbolo de amargura y desamor; aunque los ecologistas no ven bien el asunto. Lo del acebo tiene su incógnita. Dice la tradición que la cruz de Cristo estaba hecha con madera de ese árbol, tan escaso por los lares palestinos por donde deambularía Jesús.

<sup>16</sup> La grabación en los árboles con el nombre coronado es propio de la novela pastoril.



Morena, grabando versos en las cortezas de los árboles. Aún así se le ve una inclinación naturalísticas, pues puso a la diversa vegetación como notaria de sus penas amorosas (I, 26):

*Árboles, yerbas y plantas  
que en aqueste sitio estáis,  
tan altos, verdes y tantas,  
si de mi mal no os holgáis,  
escuchad mis quejas santas.  
Mi dolor no os alborote,  
aunque más terrible sea,  
pues por pagaros escote  
aquí lloró don Quijote  
ausencias de Dulcinea  
del Toboso.*

Además no seamos inquisidores ecológicos pues se advierte que en algún momento esta querencia por la escritura forestal está justificada. Dice Q: "Todo será inserto, y sería bueno, ya que no hay papel, que lo escribiésemos, como hacían los antiguos en hojas de árboles o en tablillas de cera" (I, 25).

Nos habíamos olvidado del sabio de la naturaleza, por nombre S, que apreciaba las propiedades sanatorias del romero. Por eso, "tomando algunas hojas, de las muchas que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal", seguro que conocía sus propiedades cáustica y antiséptica, y se dedicó a curar la oreja de su señor. Aunque quizás usó semejante preparado, más bien maravillosa pócima milagrosa, a instancias de uno de los cabreros (I, 11). Normal, porque quien puso las palabras en su boca, y en las de Q, Cervantes por si alguno no se había dado cuenta, conocía el *Pedacio Dioscórides Anarzabeo* (I, 18)<sup>17</sup>.

## LA VIDA ANIMAL COMO ESCUELA DE APRENDIZAJE PARA LOS HUMANOS

Cervantes debía solazarse con la vida animal. Pero la primera estampa animal que nos presenta es un poco patética: "rocin flaco y galgo corredor" (I, 1). Por más que en los poemas burlescos, que sirven de entrada al libro, se diga que Rocinante era nieto de Babieca, la plática entre estos no deja lugar a dudas de sus penurias. Los animales hablan de sus privaciones alimentarias, y más que hablar se supone que sienten, larga tradición en cuentos antiguos<sup>18</sup> y ahora en compases ambientalistas, que no sin acierto han llamado la atención sobre el maltrato animal. Habida cuenta del "tacto fino" con el que ellos, casi todos los animales, se conducen, no es aventurado suponer que detrás de sus sonidos llevan sentimientos, aunque no sepamos con certeza científica si se pueden llamar así. Incluso los équidos del *Quijote* dialogan en plan metafísico y la cabalgadura cervantina se atreve, por su falta de cebada y paja, a equipararse a los humanos: "¿Cómo me he de quejar en mi dolencia, si el amo y escudero o mayordomo son tan rocines como Rocinante?", frase que aporta una lectura crítica de la confluencia entre la sabiduría equina y la de las personas. Impresión que se corrobora en el capítulo XII de la Segunda parte cuando dice:

*Y no le parezca a alguno que anduvo el autor fuera de camino en haber comparado la amistad destes animales a la de los hombres; que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia.*<sup>19</sup>

Esto nos lleva a preguntarnos si los atropellos ecológicos actuales se hubieran podido evitar. Claro que había que comer, y la caza era una de las aventuras de entonces; hablaremos de ella más adelante. No podemos dejar de traer aquí lo que hoy sería una exquisitez culinaria: "Pusieron sobre la mesa un manjar negro que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescado" (II, 54). Parece que, por

<sup>17</sup> Pedanio (o Pedacio) DIOSCÓRIDES ANAZARBEO fue un médico, farmacólogo y botánico de la antigua Grecia, en Asia menor, que vivió en el siglo I. Su *Materia Medica* fue hasta el siglo XVII la fuente principal de inspiración para conocer y clasificar hierbas medicinales, y poner en valor la farmacología de las plantas utilizada en todo el mundo occidental. La Universidad de Salamanca ha puesto a disposición de todos un "Dioscórides interactivo" en <http://dioscorides.usal.es/>. (estupenda adaptación del antiguo tratado aquí reseñado que comenzó a hacer Font Quer, el gurú de quienes nos acercamos hace años a la visión ecológica de la naturaleza, a la nueva, y a la vez complementaria de la que encontramos en *El Quijote*).

<sup>18</sup> Esopo puso en boca de animales jugosos diálogos –alguna vez se equivocó–, como también se incluyen en *Calila e Dimna*. Aunque los del *Quijote* podrían ser una continuación de los que se encuentran en la *Historia natural* de PLINIO EL VIEJO.

<sup>19</sup> Se cita textualmente: de las cigüeñas el crisel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad y del caballo la lealtad. Ver la edición de Rico, *ob. cit.*, p. 787, para conocer el significado de los términos. Lógicamente hay bastante idealización en estas propiedades, pero habrá que reconocer que ciertos ejemplares animales exhiben más de ellas que determinados humanos que se guardan celosamente las suyas, propiedades, o las limitan a casos poco conocidos.

aquel entonces, los esturiones eran más abundantes que ahora en el Ebro, hecho por el cual también se quejan los actuales proteccionistas<sup>20</sup>. Esos peces ancestrales hacían milagros en el complejo relacional de algunos seres vivos de las aguas del gran río, que tanta presteza y presencia adquiere en la segunda parte del *Quijote*.

Pero dejemos estas cuitas metafísicas y volvamos a la cuidada lectura que Q hace de la vida animal. Para comprobarlo basta asomarse a la Canción de Crisóstomo (I, 24). Sabe escuchar los sonidos de los animales, interpreta los que vé o ha leído en sus libros de caballerías, y les atribuye influyentes poderes, propios de la cultura de aquellos tiempos, alguno de los cuales ha persistido hasta nuestros días. Van desde el rugido del león imaginado, la fiereza del lobo sin duda conocido -por entonces podrían vagar por aquellas tierras sin problemas en manadas más o menos concurridas- que emite un aullido que siempre infunde temor, o el silbo siniestro de la serpiente, muy temida en el mundo rural, antes y ahora. En esa completa visión, casi propia de un pastor que tiene las estrellas por cobijo y el campo por armadura, no faltan el adivinador graznar de la corneja -su simple avistamiento ya era presagio de malos augurios en el mundo rural<sup>21</sup>, ahora la gente de las ciudades pasa de ellas- frente al dolorido lloro de la viudilla tórtola. Sin embargo, Azorín<sup>22</sup> ve las aves de otra manera: "A nuestro paso, las picazas se levantan de los sembrados, revuelan un momento, mueven en el aire nerviosas su fina cola, se precipitan raudas, tornan a caer blandamente en los surcos". Los ecologistas de hoy no tienen una especial preocupación por ninguna de las dos especies aladas, no son estrellas del mundo animal ni se ven tan amenazadas para ser incluidas en la lista roja de especies en peligro<sup>23</sup>. Pero seguro que, hablando de aves, a algunos naturalistas les gustaría la interpretación visual que lleva a cabo Azorín en su primera salida:

*Una avutarda cruza lentamente, pausadamente, sobre nosotros; una bandada de grajos, posada en un bancale, levanta el vuelo y se aleja graznando; la transparencia del aire, extraordinaria, maravillosa, nos deja ver las casitas blancas remotas; el llano continúa monótono, yermo.*

Dos pájaros que vuelan (I, 13) nos permiten elucubrar sobre diferentes sentimientos hacia los animales. Porque anotamos pesares sobre ellos, que no han desaparecido de la cultura global, por más que los naturalistas apreciemos que todos los animales tienen su lugar en las cadenas tróficas y cada uno cumple su función. El cuervo en el que según Q se convirtió el rey Arturo de Inglaterra "por arte de encantamiento, a cuya causa no se probará de aquel tiempo a éste haya ningún inglés muerto cuervo alguno" pudo estar -puestos a fantasear- en el origen del ecologismo británico<sup>24</sup>. El otro es un ave casi espiritual: "una golondrina sola no hace verano"; un refrán ya viejo que permite interpretaciones variadas. La llegada y la marcha masiva de las golondrinas marcaría la vida rural de aquellos años<sup>25</sup>. Pero no todo se considera bello en este mundo natural. Hemos recogido una puntualización de S sobre los caracteres animales y humanos, en concreto de su mujer nada desdeñosa, que no queda fina, más bien horrenda, tanto que no fue bien asimilada por Q y el Caballero del Bosque. Soltó S semejante exabrupto:

*Porque es mi señora como una borrega mansa: es más blanda que una manteca.*<sup>26</sup>

Por supuesto que no admite disculpa, y hoy merecería la reprobación general. Sin embargo, su "sabiduría" rural desconcierta: su visión de la vida camina por concreciones que ahora mismo, cuando leemos despacio la obra de Cervantes, nos apabullan. Es capaz de semejante coza como la descrita anteriormente y, a la vez, desearía poder hablar con su jumento, al estilo de lo que platicaban los animales de Guisopete (Esopo), para hacerse la vida más agradable y así sobrellevar las soledades del día y la noche (I, 25).

<sup>20</sup> La asociación entre náyades y esturiones está en el origen de la riqueza ecológica que en otro tiempo tuvo el Ebro. <http://www.elmundo.es/suplementos/natura/2006/2/1144447216.html> Ahora se pretende introducir de nuevo el esturión, <http://www.elperiodico.com/es/noticias/sociedad/plan-para-traer-vuelta-ebro-los-grandes-peces-migradores-3265031>.

<sup>21</sup> Parece que ya está presente en la *Égloga I* de VIRGILIO.

<sup>22</sup> El Instituto Cervantes nos la acerca en [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-ruta-de-don-quijote--0/html/001c1342-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_1.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-ruta-de-don-quijote--0/html/001c1342-82b2-11df-acc7-002185ce6064_1.html).

<sup>23</sup> Lista de UICN <http://www.birdlife.org/americas/news/actualizaci%C3%B3n-de-la-lista-roja-2015-%E2%80%93-los-cambios-para-las-am%C3%A9ricas>.

<sup>24</sup> Traemos esto a cuento para resaltar el papel que el ecologismo británico tuvo en el nacimiento del español, sobre todo en la creación del Parque Nacional de Doñana, el icono conservacionista por excelencia, en el cual las golondrinas migrantes descansarían ya en tiempo del *Quijote*.

<sup>25</sup> Esta potencia afectiva todavía sigue, no hay nada más que escuchar la bella canción mejicana "Las golondrinas" que tan acertadamente interpretan Pedro Infante o Los Panchos, pueden comprobarlo en Youtube, y que Sam PECKINPAH utilizó magistralmente en su película "Grupo salvaje". O si desean disfrutar de la poética de una golondrina, lean *El príncipe feliz*, de Oscar WILDE.

<sup>26</sup> Segunda parte, Capítulo XII. "De la extraña aventura que le sucedió a don Quijote con el caballero de los espejos".



Pero abandonemos estos episodios contradictorios y dejemos anotado que en el bosque quijotesco también moran ninfas, al estilo de aquellas que Garcilaso de la Vega dejó propagar desde sus *Églogas*. Revisemos la escena cuando el escudero del Caballero del Bosque así invoca a una de ellas, por más que la llame también bellaca y dotada de un fuerte rejo (II, 13); por este y varios apelativos similares fue reprendido por el "culto" Sancho. En esa plática siguieron para acabar hablando de la magnífica tierra que a la vez que procuraba las tagarninas (penca tierna del cardillo), poco apetitosas y lacerantes del estómago, y piruétanos (peras silvestres), expandía excelencias en el vino, de la Mancha claro, tantas que valdrían para ser anotadas en las botellas de los actuales caldos de la denominación de origen (II, 14):

*Con los cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.*

Q, como sucede hoy día, era un admirador de las abejas que "en las quiebras de la peñas y en lo hueco de los árboles forman su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo"<sup>27</sup>. Seguro que, por interés melífero o por desprendimiento caballeresco, hoy se apuntaría a la campaña que viene impulsando Greenpeace para evitar su desaparición<sup>28</sup>.

Pero no todo es condescendencia animalística en Q. También sabe librar batallas con el fiero jabalí (II, 34), al cual Sancho tiene tanto respeto que hasta abandona a su rucio y trepa a una traidora encima que lo descabalgaa<sup>29</sup> enseguida. El colmilludo animal fue muerto, y sus victoriosos despojos paseados, eso sí "cubriéronle con matas de romero y ramas de mirto". El episodio dio lugar a una controversia sobre la caza y las funciones de cada uno, prefacio de otras muchas aventuras en ese bosque, ahora ruidoso, y encantado.

También por aquellos tiempos se argumentaban cosas falsas sobre la ciencia, la de andar por casa, extremo que aún hoy se lleva. Cervantes dice que el barbero, que huye porque Q arremete contra él por haberle robado el yelmo de Mambrino (I, 21) "ha imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y harpa con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido". Curioso argumento que circulaba por aquellos lares y tiempos, que atribuía al castor la maniobra de castrarse para evitar que los cazadores le arrancasen los órganos genitales, para apoderarse de la sustancia almizclada que contienen -que se usaba en perfumería- y así sobrevivir<sup>30</sup>. Al final de su existencia caballeril, Q fue atropellado, también S y Rocinante por una nutrida y gruñidora piara. Esta vez, S quiso empuñar espada, seguramente maltrecho su honor por tan inmundos animales, pero, mira por dónde, Q lo interpretó de otra manera: "Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un caballero andante vencido lo coman adivas y le piquen avispas y le hollen puercos" (II, 69). Esto de los animales castigadores, tan presentes en muchas historias literarias, y que con tanta fuerza se escenificó en piedra en el mundo románico y se colocó en capiteles, ahora no se lleva en la cultura ecológica que poco a poco hemos ido construyendo entre todos. El lema de hoy, si es que entre los que transitan por la naturaleza es costumbre tenerlo, podría ser: "Ser vivo que habitas en la naturaleza: procúrate el sustento diario; fuera de él, vive y deja vivir". Aunque de este asunto que podría valer para casi todos los animales, andan despreocupados los piojos, antes y ahora. Leamos con atención el siguiente pasaje de la plática de Q (II, 29):

*Sabrás Sancho, que los españoles y los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinoccial que te he dicho es que a todos los que van en el navío se les mueren los piojos.*

Acto seguido, Q recomienda a S palpase las corvas para comprobar si los *Pediculus vestimenti* habían desaparecido, lo cual indicaría certeza en camino recorrido, pero a la vista de lo que respondió S, se vio que los animalillos no estaban muy lejos<sup>31</sup>.

Pero en esto de las cadenas tróficas, en tiempos de Q no se llamaban así, hay que hablar de la relaciones entre animales, que algo tienen que ver con el parasitismo que sufría S. La depredación salvadora es lo que marca la vida animal. Valga como ejemplo lo que escuchó S cuando llegó a la posada, al final del periplo, y osaba alimentarse, y alimentar a Q como era menester. Tenía bastante con un par de pollos asados, pues "mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasía". Pero sufrió una gran decepción pues "respondióle el huésped que no tenía pollos porque los milanos los tenían asolados" (II, 59). Queda aquí claro que las rapaces buscaban donde podían el sustento, al igual

<sup>27</sup> I, capítulo XI. "De lo que le sucedió a don Quijote con unos cabreros. Discurso de la Edad Dorada".

<sup>28</sup> <http://www.greenpeace.org/espana/es/Trabajamos-en/Transgenicos/Abejas/>.

<sup>29</sup> Cide Hamete, el primigenio autor de estos relatos se asombra de ver a "Sancho sin ver al rucio, ni al rucio sin ver a Sancho: tal era la amistad que ambos se guardaban".

<sup>30</sup> Esta leyenda, que se remonta a Plinio, parece que procede del *Orlando furioso*; todavía fue utilizada en el siglo XX por Antonio GRAMSCI como metáfora política.

<http://www.portalalba.org/biblioteca/GRAMSCI%20ANTONIO.%20Cuadernos%20de%20la%20Carcel%20.pdf>.

<sup>31</sup> Ya hemos comentado con anterioridad los despistes ptolemaicos de los que adolecía Q.

que ahora, aunque en nuestros días lo tienen más difícil pues en los corrales y las eras ya no hay pollos en libertad.

## UN ITINERARIO SOCIOECOLÓGICO Y ESPIRITUAL DE LA MANO DE DON QUIJOTE

Decimos quienes nos ocupamos de la ecología que esta no es sino una continua relación, pacífica una veces y controvertida en otras, entre sociedad y territorio, entre este y los grupos sociales que a lo largo de los tiempos lo habitan y condicionan. No está de más, pasarse, pasearse sin prisas, por donde transcurre la aventura sin fin que es este recorrido existencial de un hidalgo venido a menos y su escudero. Porque si algo ha sido resaltado por todos los estudiosos de esta obra es que existe un "territorio Quijote"<sup>32</sup>. Ya lo hizo Azorín, así quedó reflejado en el periódico *El Imparcial* en marzo de 1905.<sup>33</sup> Recorrió el territorio en un viaje sugerido por José Ortega, el padre de Ortega y Gasset<sup>34</sup>. El encargo aconsejaba visitar Argamasilla de Alba, las lagunas de Ruidera, la cueva de Montesinos, los molinos de viento y, por supuesto, el Toboso. *La ruta de don Quijote* de Azorín tiene visiones clarividentes, hace 100 años y ahora mismo; así se le presenta a cualquier caminante despierto cuando se dirige a Argamasilla de Alba:

*Y luego os ponéis a mirar el paisaje; ya es día claro; ya una luz clara, limpia, diáfana, llena la inmensa llanura amarillenta; la campiña se extiende a lo lejos en suaves ondulaciones de terreros y oteros. De cuando en cuando se divisan las paredes blancas, refulgentes de una casa; se ve perderse a lo lejos, rectos, inacabables, los caminos. Y una cruz tosca de piedra tal vez nos recuerda, en esta llanura solitaria, monótona, yerma, desesperante, el sitio de una muerte, de una tragedia.*

La experiencia en el espacio, la pasada y la que se hace presente en este conjunto de aventuras, genera distintas percepciones del mismo. Lo que expresan sobre él no es igual para el S habitante, pegado al horizonte manchego, que para el Q visitante e imaginativo<sup>35</sup>, pues a la vez que algo se parece, cambia en ellos cuando modifican su vínculo con hechos concretos. Estas variables dimensiones, resultado sin duda de las relaciones sensoriales entre la persona y su entorno, tienen que ver también con la frecuencia con la que los hechos ocurren, con los sentidos implicados en la lectura del territorio, con el tiempo físico y el transcurrido desde la partida. Entre todas las imágenes que hemos creído ver, se podría componer una lectura ecológica sencilla, y a la vez con cierto nivel de abstracción, una misión en la que se ven implicadas hoy las corrientes ecológicas que tratan de ver la influencia mutua de la sociedad y el territorio. Pero sería esta que aquí reproducimos, una más de quien algo ve, piensa e interpreta<sup>36</sup>:

*La cañada se pierde a lo lejos en amplios culebreos; son negras las sierras bajas que la forman; los lentiscos -de un verde cobrizo- la tapizan; a rodales, las carrascas ponen su nota hosca y cenicienta. Y en lo hondo del ancho cauce, entre estos paredones, sombríos, austeros, se despliega la nota amarilla, dorada, de los extensos carrizales. Y en lo alto se extiende infinito el cielo azul, sin nubes.*

Territorio duro<sup>37</sup>, porque la vida rural nunca es placentera para los habitantes de las tierras de clima continental. S es uno más, que trata de comprender el mundo de abstracciones que le presenta su amo, manifiestamente elevadas, que responde con argumentos de supervivencia, los cuales necesitan apoyarse en ese mundo áspero y sencillo en el que vive. Por eso, por los caracteres de los habitantes de los pueblos por los que viaja Azorín<sup>38</sup>, nos queda una fuerte impresión que sus deja la lectura de los paisajes vividos.

*Hay en esta campiña bravía, salvaje, nunca rota, una fuerza, una hosquedad, una dureza, una autoridad indómita que nos hace pensar en los conquistadores, en los guerreros, en los místicos, en las almas, en fin, solitarias y alucinadas, tremendas, de los tiempos lejanos.*

<sup>32</sup> *El espacio geográfico del Quijote en Castilla la Mancha*, PILLET CABDEPÓN, Félix y PLAZA TABASCO, Julio (Coord.), Col. Estudios 104, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha. Ver también *El Quijote y la Mancha: la evolución de la imagen literaria del paisaje rural*, de Félix PILLET CABDEPÓN en <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-1112.htm>.

<sup>33</sup> <http://www.joseferrandiz.com/salt0504.htm>. Ver análisis de Sonia GARZA sobre este capítulo en [http://dspace.uah.es/dspace/bitstream/handle/10017/6970/cueva\\_garza\\_PIB\\_1994.pdf?sequence=1](http://dspace.uah.es/dspace/bitstream/handle/10017/6970/cueva_garza_PIB_1994.pdf?sequence=1).

<sup>34</sup> Lector crítico del *Quijote*. Se indigna ante el impremeditado embestir, las desaforadas actitudes que mostraba el flaco, viejo y loco caballero. Escribió sus *Meditaciones sobre el Quijote*, hace más de 100 años.

<sup>35</sup> SÁNCHEZ LÓPEZ, Lorenzo y JÉREZ GARCÍA, Óscar (2005) "La Mancha en el Quijote: territorio y literatura para una geografía didáctica", *Didáctica Geográfica*, 2.ª Época 7, pp. 511-534.

<sup>36</sup> Azorín en IX, "Camino de Ruidera".

<sup>37</sup> Quien pueda estar interesado en repasar los territorios del *Quijote* debe consultar sin duda "Lugares y tiempos en el Quijote" de José María CASASAYAS (2005), en *Don Quijote de la Mancha*, (Dir. Francisco RICO), Vol. Comp. pp. 950-970. Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores.

<sup>38</sup> AZORÍN, X "La Cueva de Montesinos".



De cuando se redactó todo esto pasaron ya 110 años. El escritor Llamazares y el fotógrafo Navia renovaron el viaje, *El País*<sup>39</sup> lo acogió en este caso. Ambos se declaran apasionados del paisaje y el paisanaje, argumento fundamental en la mayor parte de las peripecias de Q; porque el paisaje es el cuadro que pintan la naturaleza y las sociedades cuando interactúan; pero además, y siempre, es un territorio interpretado<sup>40</sup>. Por eso, ambos se marcharon juntos a buscar la imagen y el espíritu de Q, 400 años después, en los recovecos de la tierra y en la imaginación, para componer una parte del alma rural, si es que esta existe y tiene algún distintivo universal. Porque atravesando esta planicie amarilla y lisa se tiene la necesidad de meditar, asegura Llamazares, "uno se siente fuera del mundo", por eso "se comprende que Alonso Quijano el Bueno no solo viviera aquí, sino que enloqueciera mirando estos horizontes".<sup>41</sup>

No debe extrañarnos, viniendo del escenario manchego y habiendo superado y disfrutado de las pulsiones diversas de un territorio duro, que Q se viera impresionado en su recorrido por las tierras cercanas al gran Ebro: "la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales"<sup>42</sup>. Aunque él y su fiel escudero, que no sus cabalgaduras, estuvieran a punto de zozobrar su vida, los físicos cuerpos sí lo hicieron y quedaron "más mojados que muertos de sed", en esa barca "sin remos ni otras jarcias algunas" construida con los mismos materiales que el ligero Clavileño. Al final, la corriente los pudo y debieron restituir el daño causado, pagando por el barco cincuenta reales, excepción monetaria que parece devolvía al hidalgo a la realidad social. S, el pagador, expuso toda una lección de sabiduría al hacerlo: "A dos barcadas como estas, daremos con todo el caudal al fondo"; frase que merece variadas y ricas interpretaciones del término caudal, tanto literarias como ecológicas.

En ese viaje extraordinario por esta novela universal que siempre nos entretiene el pensamiento, el episodio de la cueva de Montesinos (II, 22 y 23) reúne alicientes naturales y de contenido ecológico más que suficientes para hablar detenidamente de él. Ya la preparación de la incursión subterránea es compleja. El primo que hace de guía, y acompañante, es un hombre versado, conocedor de las metamorfosis y transformaciones de los pensamientos y la vida, de la invención de las cosas. Todo este conocimiento nos prepara para lo que vamos a descubrir si nos adentramos en el mundo subterráneo. La boca de acceso está tapada por "cambroneras y cabrahigos, zarzas y malezas", como si se quisiera preservar los tesoros que guardaba. A la entrada de Q lo recibió una bandada de cuervos y grajos (aves de mal agüero), y solo faltaban los murciélagos. ¿Qué le esperaba a Q? Sueños y despertares, dentro de un tiempo difícil de medir. Tan grande e increíble fue la aventura que C no duda en calificarla de apócrifa (Título del Cap. XXIII). "A la obra de doce o catorce estados de profundidad", ofreciósele un suntuoso palacio de cristal, cual geoda extraordinaria o como si estuviera en las minas de sal de Cracovia; en realidad el asombroso palacio debía ser de alabastro. Montesinos, su guía perfecto, autor de grandes aventuras él mismo y encantado por Merlín y gente por el estilo, le avisa de que Guadiana está por allí y de que faltan Ruidera, sus siete hijas y dos sobrinas. Aquí queríamos llegar. Merlín, que parece que todo lo podía, "las había convertido en otras tantas lagunas, que en el mundo de los vivos las llamaban lagunas de Ruidera". Pero había más (II, 23):

*Guadiana, vuestro escudero, fue convertido en un río llamado del mismo nombre, el cual cuando llegó a la superficie de la tierra y vio el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero, como no es posible dejar de acudir a su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean.*

Q salió de la cueva sin deterioro físico, a pesar de las peripecias acaecidas con la soga que lo unía al exterior. Porque, a buen entendedor se sabe que Q no se encontraba en un lugar, sino en un estado al que solo acceden "las grandes hazañas de los grandes hombres". En esta tesitura, no es extraño que por allí deambularan las doncellas en procesión; que por esos subterráneos se encontrase a Dulcinea del Toboso, que lo que para los de fuera fue una hora, para él representaran tres días. En esta grande historia parece que planea Platón, o al menos uno así lo ve. En su diálogo "Fedón", cuando habla de una de las simas de la tierra, el asunto se parece algo al del Guadiana quijotesco. Esa sima platónica, la más grande, algunos la han denominado Tártaro: "En esta sima confluyen todos los ríos y de nuevo arrancan de ella. Cada uno de ellos, por otra parte, se hace tal y como es la tierra que recorre. Y la

<sup>39</sup> Se pueden leer todos los artículos publicados en este periódico en [http://elpais.com/agr/el\\_viaje\\_de\\_don\\_quijote/a/](http://elpais.com/agr/el_viaje_de_don_quijote/a/).

<sup>40</sup> Merece la pena leer "Saber mirar el paisaje" de Eduardo MARTÍNEZ DE PISÓN para entender en toda su dimensión los horizontes del Quijote. <http://estudiosgeograficos.revistas.csic.es/index.php/estudiosgeograficos/article/viewFile/316/316>

<sup>41</sup> "Meditación de la llanura" [http://cultura.elpais.com/cultura/2015/08/02/actualidad/1438537710\\_321102.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2015/08/02/actualidad/1438537710_321102.html).

<sup>42</sup> Segunda Parte, Capítulo XXIX y en "La aventura del barco encantado" de Julio LLAMAZARES [http://cultura.elpais.com/cultura/2015/08/20/actualidad/1440085939\\_260276.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2015/08/20/actualidad/1440085939_260276.html).

causa de que todas las corrientes tengan su punto de partida y de llegada ahí es la de que ese líquido no tiene ni fondo ni lecho. Por eso oscila y se mueve hacia arriba y hacia abajo".

Uno, que tiene una evidente deformación ecológica y un cariño especial por la dimensión sociológica de la vida natural<sup>43</sup>, seguramente un poco exagerada por haber leído tantos libros de naturaleza y similares, observa con pensamientos quijotescos los episodios actuales –en las primeras décadas del siglo XXI- que sufren las Lagunas de Ruidera. Y como "su corazón no es de alcornoque" (II, 35), está atento a las fluctuaciones entre sequía y exhuberancia, en ritmos no regulares, como sucedía en tiempos de Q, pues (I, 20):

*El río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase a él ni a su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralba venía ya muy cerca y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas.*

También se demora pensando cómo se comunicarán esas lagunas que están en su origen y el Guadiana que parece sigue encantado por Merlín, porque de vez en cuando cierra sus ojos<sup>44</sup>. Aunque bien abiertos los tuvo Azorín<sup>45</sup> porque, a pesar de haber entrado con antorchas, allí percibió lo que otros muchos vamos a ver:

*Y en el fondo, abajo en los límites del anchuroso ámbito, entre unas quebras rasgadas, aparece un agua callada, un agua negra, un agua profunda, un agua inmóvil, un agua misteriosa, un agua milenaria, ... Y aquí, en estas aguas que reposan eternamente, en las tinieblas, lejos de los cielos azules, lejos de las nubes amigas de los estanques, ..., lejos de los álamos vanidosos que se miran en las corrientes; aquí en estas aguas torvas, condenadas, está toda la sugestión, toda la poesía inquietadora de esta Cueva de Montesinos...*

Julio Llamazares también canta la belleza de las aguas remansadas<sup>46</sup>.

*El resto de las lagunas, hasta 16, encajonadas entre los montes y rodeadas de vegetación (sauces, cipreses, alisos, álamos, pinos)... se suceden una tras otra hasta la más alta –la laguna Blanca es su nombre– unidas por cascadas y torrentes que en tiempos se aprovecharon para moler. Mirándolas al atardecer, con los reflejos del sol sobre su superficie y las aves sobrevolándolas, no es difícil comprender a Don Quijote, quien en la cueva de Montesinos soñó que las lagunas eran mujeres que habían sido encantadas por el sabio mago Merlín.*

Mucho daría para adentrarse en ese territorio que, por Criptana, Azorín describe como "terrones grisáceos, rojizos, amarillentos, se descubren, iguales todos, con una monotonía desesperante". Podríamos recoger otras opiniones para completar esta lectura rápida, pero no<sup>47</sup>, que quien lea este artículo sabrá ampliar las vías que se sugieren, o quizás ya las ha recorrido antes. Al contrario que unos cuantos, que no saben lo que se pierden. Más del 40% de los españoles reconocen no haber leído nada del *Quijote*<sup>48</sup>, ni siquiera cuando fueron estudiantes. Se pierden muchas cosas, entre ellas una lectura de la naturaleza pasada con valores para el presente, sencilla y compleja a la vez, pues es una marca de la interacción entre las personas y el territorio, y viceversa. Aunque parezca algo cómica, y antigua en su formato; normal, pues tiene ya 400 años.

Al final del recorrido, nuestros personajes principales lanzan su mirada sobre las aguas, su llamada ancestral se vuelve a despertar, trayéndoles de nuevo la magia líquida (II, 61): "Llegaron a la playa la víspera de San Juan en la noche... vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espacioso y largo, harto más que la lagunas de Ruidera que en la Mancha habían visto". El viento les llevaría "clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos". Esta asombrosa atracción del mar continúa presente en cuantos aman la naturaleza, pero algunos, como el que esto escribe, están más preocupados por la contaminación de las aguas que las nuevas galeras provocan con sus vertidos, que de la atmósfera marina y los ondeos del viento que le llevaban lisonjas a Q. Sin embargo, como manifestaron los que en aquellos tiempos, comandados por

<sup>43</sup> No ha sido el primero, ni el único, que ha mirado la naturaleza en el Quijote. Jacinto GÓMEZ publicó "Un naturalista ante el Quijote" en ediciones Mensajero.

<sup>44</sup> "Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos". (II, 43).

<sup>45</sup> Ver en "Cervantes virtual" el episodio X [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-ruta-de-don-quijote--0/html/001c1342-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html#I\\_13](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-ruta-de-don-quijote--0/html/001c1342-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_13).

<sup>46</sup> Ver "Las lagunas de Ruidera" en *El País* [http://cultura.elpais.com/cultura/2015/08/04/actualidad/1438704880\\_631928.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2015/08/04/actualidad/1438704880_631928.html).

<sup>47</sup> Quienes quieran darse un paseo por esas opiniones, de autores modernos, pueden leer unos cuantos artículos periodísticos publicados en el mismo diario: Andrés TRAPIELLO, Manuel VICENT, Enrique GIL CALVO, Luciano G. EGIDO y Javier CERCAS entre otros.

<sup>48</sup> [http://www.huffingtonpost.es/2015/07/07/el-quijote-opinion-espanoles\\_n\\_7742494.html](http://www.huffingtonpost.es/2015/07/07/el-quijote-opinion-espanoles_n_7742494.html).



Roque Guinart, daban la bienvenida a Q, exclamamos "haber leído su historia, aún la del aragonés recién impresa"<sup>49</sup>.

## EPÍLOGO SANCIONADOR CON DELICADEZA Y HOMENAJE ECOLÓGICO

Lo primero habrá que subrayar que Q ya fue observador de los cambios climáticos, aunque fuesen episódicos y no tan permanentes como ahora; a decir verdad simplemente le preocupaba la influencia de la meteorología en la vida corriente. Por los tiempos en que vivió, los estragos que la sequía producía ya eran graves: "Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo a Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese" (I, 52). Ahora, si se me permite, que no suene como una irreverencia y dada la preocupación mundial por el asunto del clima, habré de recordar que mucha gente llegada de todos los países del mundo se reunieron hace unos meses en París<sup>50</sup>, cual si fueran una especie de disciplinantes -bastante culpa sí que tienen por acción u omisión- como los que en el episodio que aquí comentamos se embarcan en una devota procesión hacia una ermita.

En esta lectura pseudo ecológica del *Quijote* nos hemos permitido una locura más. Lo tengo que decir, porque ese pensamiento "como si fuera pulga, no me deja dormir y sosegar un punto" (II, 56). Puestos en el lado donde se sitúan los que siempre ven la vida como una aventura caballeresca en plan moderno y ciertamente ecologista, nos preguntamos si detrás de tanta destreza literaria podría haber una cierta "culpa de estas agudezas", consecuencia no deseada claro. Pensamos si la causa puede encontrarse en el ingenio de Q, que ha atraído a tanta gente; en C por haber escrito una primera y una segunda parte de sus aventuras; o en la seriedad reflexiva de S. Ninguna de ellas se puede considerar enemiga del bosque, pues su explícito amor han manifestado. Pero debemos decirlo: el bosque ha sufrido un menoscabo considerable. Semejante desatino tiene su explicación: han sido tantas las ediciones de *Don Quijote*<sup>51</sup> a lo largo de sus cuatro siglos de vida, desde la primera de Francisco de Robles en 1605, que habrán sido cortados millones de árboles para extraer la celulosa, que ha conformado el papel que ha sustentado las aventuras del hidalgo y sus acompañantes. Como Q era un caballero andante de los clásicos, casi seguro que lucharía contra la campaña que se ideó en la Red para promocionar su edición para e-book<sup>52</sup>, porque a él le pirrabán los libros, de caballería y bien que los leyó -hasta que en una oscura maniobra se los tapiaron entre un cura y más gente-, porque su lógica no circulaba por los derroteros de la concreción. ¡Váleme Dios, qué ocurrencia!, dirá cualquier persona que este párrafo lea. El articulista se merece, ya que tanto dice que quiere a los animales, "un espanto cencerril y gatuno" (II, 46).

Pero vamos a acabar enseguida esta lectura incompleta y desordenada. Sirva como apéndice, la obra original tuvo uno, este homenaje final al amado Sancho, que al final recuperó a su pollino, que por ahí habíamos dejado perdido, al que "le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responder palabra alguna", al contrario de otras veces, que platicó de lo lindo. Ahora sí, toda historia que la naturaleza acoge tiene su fin y a la vez sirve de comienzo. Ya lo dijo Leonardo da Vinci: "El agua que tocas en la superficie de un río, es la última de la que pasó y la primera de la que viene: así el instante presente". Más o menos de esta forma lo entendería S, preclaro observador de todo lo natural, la más pura concreción de los pulsos vitales. Esos no son muy diferentes a los que hoy escudriñan los estudiosos de la naturaleza y la ecología, aunque estos los denominarían como ciclos de la vida. No son otros que el fluir de la materia y la energía -en redondo lo llama S- (II, 53), de la cual parece que para él escapa la finita vida humana:

*Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado es pensar en lo escusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda: la primavera sigue al verano, el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua; sola la vida humana corre a su fin ligera más que el tiempo, sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limita.*

Semejante personaje nos atrae sobre manera, en particular su rica simplicidad. Pero eso no quita que no apreciemos la grandeza de Q, que piensa en los dos y en la sencilla vida futura. No debe extrañarnos que al final, este hidalgo quisiese hacerse pastor en convivencia con la generosa y acogedora naturaleza,

<sup>49</sup> Hace alusión al "Quijote de Avellaneda", obra apócrifa publicada en 1614 para molestar a Cervantes, y lo consiguió, pues tras ella vino de II Parte del Quijote escrita por Cervantes y publicada un año después.

<sup>50</sup> Nos referimos a la Cumbre sobre el Clima COP 21. <http://www.cop21paris.org/fr>.

<sup>51</sup> Difícil resultaría calcular el número de ejemplares que por el mundo hay esparcidos, pero podemos aventurar que muchos, pues ha sido traducido a 140 lenguas; que se sepa.

<sup>52</sup> [http://www.cervantes.es/sobre\\_instituto\\_cervantes/prensa/2015/noticias/inauguracion-quijsotes-por-el-mundo.htm](http://www.cervantes.es/sobre_instituto_cervantes/prensa/2015/noticias/inauguracion-quijsotes-por-el-mundo.htm)  
[http://noticias.lainformacion.com/arte-cultura-y-espectaculos/literatura/don-quijsote-tala-todos-los-arboles-del-mundo-para-reivindicar-el-valor-ecologico-del-e-book\\_rSnYBIGIO9TpRLn6iQuT1/](http://noticias.lainformacion.com/arte-cultura-y-espectaculos/literatura/don-quijsote-tala-todos-los-arboles-del-mundo-para-reivindicar-el-valor-ecologico-del-e-book_rSnYBIGIO9TpRLn6iQuT1/).



con sus árboles y frutos, con las cristalinas aguas que le servirán para cantar, al estilo de Garcilaso (II, 67):

*Este es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en el querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya imitación, si es que a ti te parece bien, querría, ¡Oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, ..., no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.*

Y allí se quedó, convertido en un precursor e idealizado símil de ecologista antiguo, y por allí deambulaban ambos cuando, en los venideros siglos, los reencontraron Azorín o Llamazares; allí nos esperan a los que amamos la naturaleza, a los que queremos verla como el espejo de la ecología, a los que criticamos también la visión contradictoria de mucha gente.

Hasta aquí hemos llegado. Pero no debemos perder el tiempo, la cosa esta de la ecología global tiene muchos enemigos, con los que librar batallas de quijotes; para evitar que lo que fue deje de serlo del todo, por más que menoscabo siempre acontece. Contra ellos lucharemos los que estamos convencidos de que o la sociedad se hace ecológica o dejará de serlo, porque los ciclos, las vueltas en redondo que diría S, se están estropeando demasiado. Ahí va la despedida, en sencilla clave ecológica, pues se puede decir que habla de los cambios temporales en el entorno social y natural, que tan interconectados los vemos ahora y tanta congoja nos provocan los caminos por los que no se encuentran<sup>53</sup>:

*¡Si mi fui tornase a es,  
sin esperar más será,  
o viniese el tiempo ya  
de lo que será después...!  
Cosas imposibles pido,  
pues volver el tiempo a ser  
después que una vez ha sido,  
no hay en la tierra poder  
que a tanto se haya estendido.  
Corre el tiempo, vuela y va  
ligero, y no volverá,  
y erraría el que pidiese,  
o que el tiempo ya se fuese  
o viniese el tiempo ya.*

---

<sup>53</sup> Recita don Lorenzo en casa de don Diego, Capítulo XVIII de la segunda parte.